

Pizzetti y Franco Alfano han obtenido los primeros premios en un reciente concurso de óperas, patrocinado por el Estado. Entre los nombres de jóvenes compositores que se suman a los que acabamos de citar en la vanguardia de la música italiana figuran: Francesco Cilea, Ricardo Pick, Giuseppe Molle, Umberto Giordano, Giuseppe Vittadini, Ludovico Rocca, Franco Casavola, y Luigi Dalla Piccola.

Milán, en lo que va corrido de 1948, sigue ocupando el primer lugar en las actividades musicales de Italia. La temporada de invierno adquirió un máximo relieve, sobre todo en los dominios de la música sinfónica. En el Teatro de la Scala, Otto Klemperer dirigió la primera audición de la Sinfonía en tres movimientos de Strawinsky, en un concierto en el que figuraba la Séptima Sinfonía de Beethoven y el Concierto en Re menor de Vivaldi, con el joven violinista Enrico Minetti como solista. La Orquesta del Teatro de la Scala volvió a actuar bajo la dirección de Rafael Kubelik, quien ofreció como estreno la Cuarta Sinfonía de su compatriota Bohuslav Martinu, la Segunda Sinfonía de Brahms y el Concierto para piano y orquesta de Saint Saëns. Con el director francés Paul Paray actuó el nuevo violinista italiano Gioconda de Vito. Ambos interpretaron el Concierto en Re mayor de Beethoven. Paul Paray completó su programa con una Sinfonía de la que es autor y la Segunda Suite de Dafnis y Cloe de Ravel. El director italiano Mario Rossi estrenó en esta temporada de conciertos una obra del joven compositor Dalla Piccola y el Concerto dell'Estate de Pizzetti, junto a una versión de El Pájaro de Fuego de Strawinsky. El ya famoso director Victor Da Sabata dirigió como fin de esta serie de conciertos la Misa Solemne de Beethoven.

En el Teatro Nuevo de Milán actuaron los solistas Arturo Rubinstein y el pianista napolitano de diecisiete años Paolo Spagnolo, ganador del último concurso internacional de Ginebra.

En el Teatro Angelicum, el director de orquesta Ennio Gerelli interpretó un ciclo de obras de Corelli para pequeño conjunto. Un ciclo de obras de Bach fué dirigido por Wolf Bazzo con la Orquesta de la Camerata Musicale Milanese.

LA MUSICA CHECA DE POST-GUERRA

La creación y la vida musicales de los pueblos europeos durante los años pasados han estado esencialmente influenciadas por la guerra. Es natural que esta influencia se manifestase en los países ocupados por los alemanes de muy distinta manera que en los países que combatieron libremente. La invasión de Checoslovaquia por los alemanes representó en un comienzo la eliminación de toda música de la llamada «decadente»; es decir, en este caso susceptible de evocar sentimientos nacionales. A la que debe unirse la música que exprese, en cualquier grado, la fe del pueblo checo en la victoria de los ideales de libertad y justicia.

Las restricciones sufridas explican a la altura de hoy el desvanecimiento de la vida musical de Praga durante la invasión, ya que el rasgo más característico de esa vida era la preferencia dada a la música contemporánea. Recordemos que fué en Praga donde se ejecutó por primera vez en todo el mundo «Nicolás de Flue» de Arturo Honegger. En Praga también se estrenaron poco antes de la

guerra las últimas composiciones de Walton, Sam Maklakiewicz, Rudzinsky, Frank Martin, etc.

Entre los estrenos que se interpretaron de músicos checos después de la liberación, debemos señalar la excelente obra de Ladislao Vycpalek «Requiem Checo», que durante las dos horas de su duración mantuvo un vivo interés y despertó complejas resonancias en sus auditores. Se trata en esta obra de una cantata para coro mixto, solista y orquesta, distribuída en cuatro vastas partes, basadas sobre textos de la Biblia y de antiguos cánticos de la Iglesia Checa. Es menos una composición litúrgica que una obra religiosa en el supremo sentido de la palabra. Nació en la época del cataclismo nacional de 1938-1940, y bajo su título, «Muerte y Redención», se expresa sin ambages su espíritu. Interpreta la desolación y la vanidad de la vida humana pero, a la postre, el espíritu prevalece sobre las fuerzas del mal y la fe en lo que queda de noble en el mundo, vence.

El «Requiem Checo» está construído sobre melodías en su mayor parte diatónicas, que se tejen en una polifonía rara y de una destreza excepcional. Conservamos de esta obra una impresión potente y profunda. Es una prueba viva de lo que la tradición de la música checa, que desde hace siglos descansa sobre cantos religiosos, es capaz; sostenida y reforzada por el pueblo a través de vicisitudes temporales, no está muerta, sino que florece, por el contrario, bajo una forma moderna y madura. Rafael Kubelik y la Filarmónica Checa fueron sus intérpretes, maravillosos intérpretes para una composición a la vez tan perfecta y tan popular.

La Orquesta de los Servicios de Radiodifusión presentó también el estreno de una Cantata: «No retrocedamos», escrita por el joven compositor Miroslav Kabelac. Su disposición es para coros de hombres, instrumentos de viento y de percusión. Predomina en ella una tendencia combatiente, dirigida contra los invasores. Poemas populares y un coral hussita son los elementos primordiales de que el compositor hace uso. Fué compuesta esta Cantata después de 1939. Por su fuerza de expresión, por la agresividad de sus melodías y la solución inmejorable de la construcción de sus partes, admite pocos paralelos.

Otra destacada composición de post-guerra fué «Canto de la Juventud», para orquesta sinfónica de Emil Hlobil. En su melodismo y en su construcción técnica recuerda esta obra un poco a Suk y a Janacek.

A las tres citadas deberían agregarse las obras ofrecidas por Bohuslav Martinu desde su regreso al país. Pero éstas, frutos de una maestría en plena madurez, merecen un comentario aparte. Citemos, para terminar esta crónica, que la vida musical checa, en su renacimiento después de la liberación del país, se ha intensificado con numerosas series de conciertos sinfónicos y de cámara, festivales de música y concursos internacionales, de interpretación y de composición. En uno de los primeros festivales de música posteriores a 1944, en la Gran Opera de Praga se estrenó la obra de este género «La Madre», compuesta en cuartos de tono por Aloys Haba. La

ciudad que acogió la renovación del teatro lírico por Mozart, no desdice en nuestro tiempo su tradición más gloriosa.

* * *

Como es bien conocido, Bohuslav Martinu residió en los Estados Unidos durante la guerra. Bajo la ocupación de Checoslovaquia por los alemanes, toda ejecución o reproducción de su música se prohibió; el compositor se había negado a regresar y a toda colaboración con el régimen imperante. Liberado el país, las instituciones musicales checoslovacas hicieron todos los esfuerzos para dar a conocer a sus compatriotas el más grande número posible de las obras nuevas de Martinu, así como la repetición de aquellas de preguerra, hacía mucho no escuchadas. La obra de Martinu es tan amplia y de tal variedad que los críticos han podido constatar que desde 1945 no hay concierto sinfónico, de cámara o solista en el que no figure alguna composición de Martinu.

La Filarmónica Checa es sobre todo el organismo que ha demostrado más celo en la difusión de las obras de este artista. Está ligado a ella por antiguos lazos, es cierto. Martinu, antes de consagrarse a su labor de compositor, formaba parte del conjunto como violonista. Ya en los comienzos de la temporada de otoño de 1945 figuró en los programas de la Filarmónica la «Segunda Sinfonía», así como «Monumento a Lídice» y «Misa de campaña», para coros y orquesta, ofrecidas en primera audición. Poco después, el famoso director Charles Münch interpretó con la Filarmónica la «Primera Sinfonía» de Martinu. A comienzos de 1946, la Filarmónica, con Kubelik, ejecutó la «Cuarta Sinfonía» de este músico, repetida por tres veces en Praga, dos en París y otras dos en Ginebra y Zurich, todas estas últimas con ocasión de una jira por el extranjero de la orquesta.

Hagamos una breve referencia de las demás obras de Martinu que han sido interpretadas en Checoslovaquia durante 1946 y los dos primeros tercios de 1947. Pierre Fournier dió a conocer la Sonata para violoncello y el Concierto N.º 1, para violoncello y orquesta. Václav Talich dirigió en la Filarmónica la Tercera Sinfonía. La Quinta fué estrenada a comienzos de 1947 por el mismo conjunto. Germaine Lerroux dirigió la Sinfonietta Giocosa; Paul Sacher el Doble Concierto. El Círculo de Artistas ha hecho conocer: Segunda Sonata para violoncello, las Canciones y Tres Composiciones para trío con piano. El Cuarteto Nacional ofreció y grabó en discos los Cuartetos N.º 1 y N.º 2. Agreguemos a las informaciones reseñadas, que la Editorial Melantrich ha publicado las partituras para orquesta de «Monumento a Lídice» y de la «Misa de Campaña» y las partituras, para orquesta y arreglada para piano, de la ópera «Julietta».

KAREL REINER.